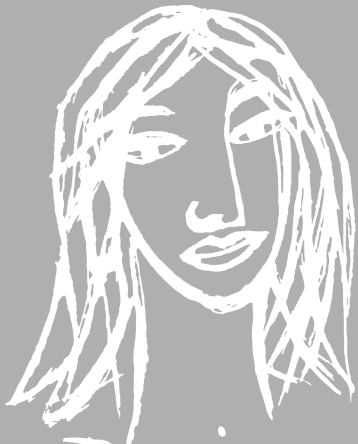


**PULSIÓN
Y OTROS 9
RELATOS
ERÓTICOS**



PREMIO de
LITERATURA
ERÓTICA
VÁLGAME
DIOS.



PREMIO de
LITERATURA
ERÓTICA

VÁLGAME
DIOS.





El jurado del 2.º Premio
de Literatura Erótica escrita por mujeres

VÁLGAME DIOS

ha estado compuesto por:

Pastora Vega

Jon Sistiaga

Fernando Rodríguez Lafuente

Carmen Rigalt

Raúl del Pozo

Óscar Mariné

Màxim Huerta

Lorenzo Díaz

Carme Chacón

Joana Bonet

José Luis Berlanga

Sandra Barneda

Candela Arroyo

Carmen Alborch





PULSIÓN

Y OTROS 9
RELATOS
ERÓTICOS

II PREMIO DE
LITERATURA ERÓTICA
ESCRITA POR MUJERES
VÁLGAME DIOS





Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado

- © Beatriz Concepción Bravo, Nani Hinojosa,
María Amelia Cáceres, María Josefa Pérez,
María Pilar Donate, Amaia Barrena, María Tapia,
María Yolanda Merino, Anisley Miraz,
María Pilar Pamplona, 2016
- © Ilustración de cubierta: Óscar Mariné, 2014

Primera edición: septiembre de 2016

- © de la presente edición: Edhasa, 2016

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Diseño gráfico: RQ

ISBN 978-84-350-9971-4

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprógraficos, www.cedro.org), o entre en la web www.conlicencia.com.

Impreso en Liberdúplex
Depósito Legal B.17810-2016
Impreso en España





Índice



Pulsión

Beatriz Concepción Bravo 11

A derecha e izquierda

Nani Hinojosa 27

Amar jamás se olvida

María Amelia Cáceres 51

Mis machotes preferidos

María Josefa Pérez 63

De una jaula abierta

María Pilar Donate 87

El amigo imaginario de mi lencería

Amaia Barrena 99





Historia sin estrellas	
María Tapia	115
Encuentro de una noche de junio	
María Yolanda Merino	123
El tulipán en un reloj de arena	
Anisley Miraz	131
La lesbiana muda	
María Pilar Pamplona	149





TREMIO de
LITERATURA
ERÓTICA

VÁLGAME
DIOS.





Pulsión

Beatriz Concepción Bravo



Cree que no puede sentirle. En la guarida que permite mirar sin ser visto, escondido tras la concentración absoluta del resto del alumnado. Agazapado, silencioso. Cree que no puede sentirle. Él. Su mirada. *Las ganas que tengo de ti.* Él piensa que tiene la mejor coartada, pero ella le percibe incluso cuando le da la espalda. A través de los poros de su piel, de la presencia táctil que no puede captarse con los ojos. Le siente, día tras día, y se le entrecorta el aliento cuando las miradas se cruzan y se hacen más largas, más profundas. *Muchas más ganas de ti.* Él cree que no puede sentirle, ella cree que es imposible que nadie más se dé cuenta de la excesiva atención que le presta.

Es jueves por la mañana y fuera está lloviendo. Se hubiese quedado en casa en vez de ir a clase si no





es porque aprender el estúpido inglés le ayudará a encontrar un empleo, o eso dicen, por eso y porque se ha convertido en una especie de adicción saber si hoy también su profesor querrá mirarla. Llega tarde, con el pelo encrespado por la lluvia y las botas de agua protegiendo sus piernas hasta casi las rodillas. Envuelta en un amplio abrigo de paño que definitivamente no sirve para la lluvia, porque cuando se lo quita ve que una cantidad importante de agua le ha calado el resto de la ropa. Separa la silla, maldice, se sacude. El resto de los compañeros esperan entre divertidos y ausentes alrededor de una única mesa, enfrascados en sus propias conversaciones hasta que comience la clase.

Cuando se sienta se concentra en secarse la lluvia que aún le está calando. Nota cómo algunas gotas le recorren la espalda hasta llegar al filo de sus bragas y otras tantas le recorren por delante la línea del escote. *Maldita lluvia*. Murmura. Y extiende las gotas con la mano esperando que sean absorbidas con rapidez. La calefacción está encendida y cierra momentáneamente los ojos hacia esa nueva sensación de calidez que contrasta con el frío que traía de fuera.

Abre los ojos de nuevo cuando escucha la puerta cerrarse. Levanta la mirada. Y *joder*. Le falta el aliento por un segundo porque él la está mirando. En realidad no. En realidad *la está comiendo*. Si dudaba





si alguna vez podría excitarse sin que la tocasen, ahí tiene la respuesta. De repente se siente húmeda por sitios donde no es posible que haya llegado la lluvia. Le sostiene la mirada, sólo para asegurarse de que no se está imaginando nada, de que es real. *La devora*. Y el tiempo se dilata lánguidamente, acompasado por la lluvia tras la ventana, con el eco apagado de las voces a su alrededor. Hasta que la mirada se hace demasiado larga para pasar desapercibida, para que se pierda en el anecdotario de la semana. *Demasiado profunda*. Hasta que las voces interrumpen con más estruendo y los segundos vuelven a tener mil milésimas. Y ambos vuelven a la realidad. Él carraspea, ella pierde su mirada hasta la pizarra. Comienza la clase. Y no sabe realmente cómo va a conseguir concentrarse en el libro los sesenta minutos que restan para que llegue la hora de salida.

Pero se concentra. Sólo que no en el libro, en realidad. Pero logra concentrarse. En su culo debajo del pantalón vaquero —el de él, por supuesto—; en su jersey medio doblado en la línea de la cintura, que deja entrever todo lo que quiera dar de sí la imaginación en sus manos, que son grandes y varoniles. Se concentra, al fin y al cabo, y está segura de haber aprendido al menos algo de anatomía, aunque la clase no vaya de eso.





Cuando llega la hora de irse tarda en recoger sus libros un poco más que los demás. No lo hace conscientemente. O puede que sí. Quizá deba enfrentarse a él ahora que están a punto de quedarse solos. *Por qué me miras así.* Debería decirle. *Eres consciente de lo que causas en mí.* No. Demasiado cursi. Quizá debería preguntar menos y actuar más. No sé, lanzarle contra la pizarra y follarle hasta acabar ambos llenos de tiza blanca. Pararle, abrirle el pantalón y hacer que suplique hasta que acabe en su boca. *Porque yo también tengo ganas de ti.* Demasiada imaginación. Deseo. Pulsión. Lo que sea. Demasiada cuando lo único que necesita es concentrarse. *Necesito volver a concentrarme.* Aunque sea en lograr cerrar el estuche de una vez. Salir. Llegar a casa. Masturbarse hasta desfallecer con solamente el recuerdo de una mirada. Así que pega un pequeño salto cuando nota su mano en la espalda. Porque estaba concentrada. Lo jura y lo que menos esperaba es que él la tocara. Se gira como un resorte y le mira. Tiene los labios entreabiertos, dispuesto a decir algo. Quién sabe. Una excusa idiota que justifique el haberla tocado, el haber traspasado esa barrera invisible profesor/alumno que se levanta inmediatamente cuando uno se sienta en el pupitre y el otro se queda frente a la pizarra. Una excusa, seguro. Pero muere en sus labios porque es ella ahora





la que le está mirado. No. La que le *está comiendo*. Porque estaba concentrada, sí, pero pensando en ellos. Desnudos. Vestidos. Frotándose. Tentándose. Llegando más allá. Porque estaba tan concentrada que está segura de que él puede leerlo a la perfección en sus ojos. Hasta el punto que retrocede durante un segundo, vacila, lo justo para que ella haga lo mismo. *Qué hacemos*. Qué locura. *Quiero salir de aquí*. No. *Quiero quedarme aquí contigo*. Lo justo para quedarse al final solos y que se escuche el cierre de la puerta de la calle. Y que puedan percibir el silencio que inunda de pronto todo el aula. Por un momento le entra el pánico y lo único que piensa es en salir. No le tiene pánico a él, sino a la situación, a sentirse totalmente fuera de control, a exponerse demasiado. El estuche se le cae, lo recoge, gira sobre sí misma. Se acerca a la puerta a toda prisa, abre, sale.

Sólo que abrir la puerta y salir se queda solamente en intención.

Agarra el picaporte, entreabre, pero otra mano más fuerte que la de ella cierra del todo la puerta desde atrás. Y le siente. *Joder*. Le siente. Detrás de ella. Su respiración. *Demasiado cerca*. Siente su presencia tan fuerte que es incapaz de moverse, convertida en estatua de sal incluso antes de poder darse la vuelta. Tiembla, nota el corazón en la garganta que late tan





fuerte que le truenan los oídos y le entrecorta la respiración. Y él todavía está detrás, con el brazo estirado sobre la puerta, impidiendo que pueda salir del aula, sin moverse, tan quieto como ella, posiblemente calculando los pros y contras. Nota como su cerebro no deja de elucubrar excusas, de sopesar razones, pero también sabe que es una batalla perdida. Ambos lo saben, en realidad.

Se echa ligeramente hacia atrás para que sepa que ella también está en esto, que puede que sea él quien haya cerrado la puerta, pero que ella no quería irse desde el principio. Y vuelve a sentirle. Su aliento que llega hasta su nuca haciendo que quiera agarrarse a algo sólido para no caerse, que le provoca escalofríos. Su respiración cada vez más cerca y de pronto sus manos viriles sobre su cintura que la atraen hacia él enérgicamente, haciendo que las caderas choquen, que su culo llegue al punto exacto de su cintura, que le queme el vaquero por encima de la ropa. Mueve el culo sobre el vaquero, sólo para aumentar un poco más la fricción, para intentar acariciar su polla a través de las capas de tela. Y él gime, en su oído. La coge de la cintura e introduce la mano por debajo de su camiseta, entre el abdomen y la cadera, su respiración empieza a entrecortarse cuando la mano sigue subiendo hasta uno de sus pechos, que acaricia por encima del sujetador.





Y aún no se ha dado la vuelta.

Su otra mano sigue el camino contrario a la primera y comienza por la pierna, acariciando la superficie de las medias, quemándola de nuevo por encima de la ropa. Cuando llega al límite de su minifalda rodea el borde, cosquillea, hasta que introduce la mano por debajo de la falda y continúa subiendo. Caliente. Está ardiendo *ahí* abajo y no sabe si es porque le siente detrás, por la excitación del momento o porque, *joder*, le está acariciando justo por encima de las bragas. Está llegando a ese punto de no retorno de querer frotarse contra él y acabar. Pero sólo acaba de empezar a acariciarla y tiene tantas ganas de tocarle ella a él que sus manos le buscan a su espalda, a tientas, arañando en las partes de piel que encuentra por debajo de su jersey.

Él saca sus manos de debajo de su ropa y le recoge el pelo en una especie de coleta mal hecha para dejar piel al descubierto, paseando sus labios suavemente por su cuello hasta llegar a su oído. Y le susurra. *No grites, no vayan a oírnos.* Y un estremecimiento le recorre todo el cuerpo hasta la raíz del cuero cabelludo. Que no grite, dice. *Qué me vas a hacer para que tenga que gritar.*

Se siente paralizada por el deseo y la anticipación, así que sólo sabe ahogar un gemido bajo sus labios





cuando de pronto él atrapa con su boca la parte baja de su nuca. Chupa. Lame. Besa. Muerde. *Joder, muerde.* Y de pronto le encanta que le muerdan. Nota un cosquilleo que le viene desde la punta de los pies y hace que el resto de su cuerpo vibre. Ahoga gemidos, se le entrecorta la respiración. La sensación es tan intensa que difícilmente puede moverse. Así que cuando lo hace ni siquiera se sorprende de que ya esté mojada. Tanto que en cualquier otra circunstancia se avergonzaría. *No es lo que me haces ahora, es lo que me llevas haciendo semanas. Con tus miradas, con tus gestos, con tu presencia.*

Se da la vuelta para poder recuperar el control, de ella más que nada, y por fin le ve el rostro. Tiene los labios entreabiertos y sus ojos están mirándola fijamente, traspasándola. Se aproxima a él con una parsimonia que nota que le altera, y aun así lo hace para saborear ese momento. Se acerca, pasea sus labios por los suyos, acaricia esos mismos labios con la lengua y atrapa su labio inferior con los dientes, saboreándolo. Un gemido gutural inunda la estancia y la locura del deseo vuelve a tomar el control. Un quejido se escapa de su boca cuando cae de nuevo sobre la puerta, con furia, arquea la cabeza, él aprovecha para morder su cuello y, *joder*, que no deje de hacerlo nunca. Se agarra a sus hombros para no caer y clava sus uñas, él gime





de nuevo, ella le susurra que se calle. No parece haber ruido fuera y no saben si es una buena señal porque se han quedado totalmente solos o porque están todos escuchándoles. *Pero qué más da.* Y necesita más piel cuando él comienza a embestirla por encima de la ropa, contra la puerta, atrapada, por encima de las medias en realidad, porque no sabe en qué momento ha logrado subirle la falda hasta la cintura, pero nota la dureza sobre su coño, embistiéndola casi en un gesto errático mientras la besa de nuevo. Le cuesta respirar, y lo único que quiere es sentirle más cerca, así que introduce sus manos por debajo de su jersey, deslizando los dedos por el borde de su *slip*. Le necesita desnudo urgentemente. Él parece pensar lo mismo, porque de pronto empieza a tirar de su camiseta, dejando sus hombros al descubierto mientras lame la piel que va desnudando. *¿Te he dicho ya que me vuelves loco?*, susurra. *¿Te he dicho ya que te quiero desnudo?*, contesta. Y se separan con dificultad para empezar a desvestirse, mirándose fijamente a los ojos. Primero se quita ella la falda. Él hace desaparecer su jersey. Ella sigue con la camiseta. Él se desabotona su pantalón despacio. Ella se pasa la lengua por los labios mientras se deshace definitivamente de las medias.

Y vuelven a acercarse. Aún no del todo desnudos, en ropa interior. *Ven aquí.* Y va. La sube sobre una





de las mesas y comienzan de nuevo a besarse. Salvajemente esta vez. Sólo hay lenguas y saliva mientras se arañan, más que acarician. La besa con un apetito voraz, y no deja de besarla de la misma forma cuando va bajando por su cuello, le muerde las clavículas, llega a sus pechos al tiempo que se deshace de su sujetador. Y los atrapa, con las manos, con la lengua, primero uno, luego el otro, y hace que todo su cuerpo tiemble de nuevo, que arda de nuevo.

Le mira cómo lame y la visión es perturbadora, con su cara totalmente ajena a otra cosa que no sean sus pechos. Hasta que sigue bajando. Su abdomen, su ombligo. Y entonces se para, por encima de las bragas. Oliendo. *Tan primitivo*. Le acaricia con la nariz y le lame por encima del algodón. Está tan caliente que no puede casi ni respirar. Separa las bragas un poco, le mete un dedo. *Ah. Dos. Estás muy mojada*. Y separa las bragas un poco más sin llegar todavía a quitarlas, y lame. Lengüetazos rápidos y largos al principio, hasta que decide que las bragas le molestan y más que quitarlas las arranca. Lame de nuevo. *Come*.

Succiona. Y todo lo que puede sentir es la humedad de ahí abajo que la inunda entera, la de ella, la de él. Y vuelve a meter dos dedos. *Tres. Joder*. Mientras sigue lamiendo. Dedos y lengua. Penetrándola. Una y otra vez. Con la otra mano le acaricia el resto del





cuerpo, mientras sigue invadiéndola con sus dedos de nuevo. Y su boca. Y el mundo acaba de fundirse a negro porque está a punto de perder el sentido. *Voy a. Más rápido. Más lengua. Voy a. Más humedad.* Y es lo único que puede decir antes de que comiencen los espasmos por todo su cuerpo. Lo nota en sus pies. En su culo. En su cuello. Y por supuesto lo nota en su coño, donde él aún continúa chupando, acompañándola mientras todo su cuerpo se arquea y se tiene que morder la boca para intentar no gritar. *Aaaaah. Joder.* Pero es inútil. Cuando el orgasmo llega a su clímax un sonido gutural sale de su garganta, un grito que inunda el aula y atraviesa las paredes.

Luego todo se queda en silencio de nuevo, borroso. Está sudada entera y aún le cuesta trabajo respirar. Y vuelve a mirarle. Él sonrío pícaramente mientras se incorpora para llegar a su altura sobre la mesa, donde está medio tumbada. La besa lánguidamente. *Has gritado.* Nota la tela de su calzoncillo entre las piernas y de pronto le parece tremendamente injusto. *Desnúdate.* Ordena. Y él da un par de pasos hacia atrás.

Cuando le enseña la polla lo hace en todo su esplendor. Sonríe de medio lado, orgulloso acompañado por sus ojos gatunos y profundos. Y le parecería un pagado de sí mismo si no se le hubiese hecho la





boca agua al verla. Si lo único que desease ahora no fuese lamerla de arriba abajo, metérsela en la boca, pasear su lengua, hacerle acabar.

Baja de la mesa y le besa en los labios para coger la polla con sus manos. Caliente. *Joder*. Tan caliente. Él gime en su boca mientras ella sigue acariciando. De arriba abajo. Le besa el cuello, le muerde el lóbulo de la oreja. Huele tan masculino que no puede evitar morderle un poco más fuerte, para besar a continuación en el lugar que antes ha mordido. Vuelve a atrapar sus labios antes de agacharse y ve cómo los ojos de él se agrandan porque sabe lo que va a hacer cuando comienza a deslizarse hacia abajo. Los cierra durante un segundo, luego vuelve a mirarla. *A lo mejor también gritas tú*. Le dice, juguetona. *Sólo si muerdes*. Coge el pene con sus dos manos cuando sus rodillas dan en el suelo. Saca la lengua y lame de arriba abajo. *Aquí no muerdo*. Y él ahoga un gemido en su garganta cuando su polla desaparece dentro de su boca. Es grande, y caliente, y dura. Se agarra en su cadera con una mano y coge el pene con la otra. Y vuelve a metérsela en la boca. Profundo. Él vuelve a gemir y ella araña su cadera con la mano. Le diría que callase, pero le enseñaron que es de mala educación hablar con la boca llena.





Arriba y abajo. Una vez. Otra. Él introduce sus dedos entre su pelo y nota cómo le tiemblan las manos. Su polla se vuelve más resbaladiza cada vez. Sale un segundo de él para respirar profundamente y le acaricia el glande con la lengua. Vuelve a mirarle. Tiene el rostro absolutamente desencajado y ella vuelve a mirar su polla mientras se muerde el labio, acariciándola con sus dos manos. *Tan grande*. Acaricia y besa sus testículos antes de volver a metérsela en la boca. No sabe si es posible, pero jura por Dios que ahora está más dura que antes. Y arde. En su boca. Sube. Baja. Hasta el fondo.

Porque quiere tragarla entera. Porque quiere sentirle entero. Sabe salado. Y oscuro. Sabe a brandy en el fondo de su garganta. Nota cómo su respiración aumenta y empieza a temblar. Y sigue chupando. Lamiendo. Hasta que él susurra *para* y no sabe si le ha escuchado bien hasta que vuelve a repetirlo. Sale con sonoro *pop* y le mira con la cara llena de deseo.

La ayuda a levantarse y la vuelve a sentar sobre la mesa. Se lame los dedos y le acaricia el coño con ellos, ella abre un poco más las piernas. Le nota en la entrada y cómo empuja, abriéndose paso. Tiene que respirar profundo para adaptarse. Él se agacha hasta acercarse a su rostro y vuelve a besarla levemente. *Continúa*. Y él continúa, abriéndose paso. Cuando





le siente totalmente dentro es perturbador. Se sujeta en sus hombros.

Respiran al unísono. Sale. Entra de nuevo. Más profundo. *Joder*. Le siente por todas partes. Y vuelve a salir para entrar, con más fuerza si cabe. Dobla sus piernas sobre él para acompasar las embestidas. Rápido. Lento. Rápido. Dentro. Más dentro. Profundo.

Más fuerte.

Y está otra vez ahí. En ese punto. A punto de correrse por segunda vez en esa aula, encima de la mesa donde generalmente escribe vocabulario en un cuaderno. Bombea dentro. Hasta el fondo, sujetándose a una mesa que parece víctima de los temblores de un terremoto. De pronto para, sale de ella y le pide que se dé la vuelta. *Dios*. Y se da la vuelta.

Con los pies en el suelo le da la espalda, y nota el tacto frío y rígido del borde de la mesa rozándola justo donde lo necesita. Él vuelve a entrar, desde atrás, cogiéndola de los pechos, agarrándola de la cintura, tocando de nuevo su coño porque sabe que está a punto de llegar otra vez. La sensación es más profunda y se siente tan borracha de deseo por sentir su segundo orgasmo que ni siquiera repara en que está gimiendo de nuevo. El ritmo aumenta. Y ya son los dos los que gimen, ajenos por completo al lugar donde están. Y está a punto de correrse, y grita, mientras él





llega también desde atrás, le agarra de la cintura y hace más profunda la última embestida, mientras gime y se corre, dentro de ella.

Hostia.

Cae sobre su espalda y le besa la nuca. Quedándose así un instante que se dilata en el tiempo mientras vuelven a la realidad, paladeando la fantasía. El sonido de la lluvia, que no ha dejado de caer fuera, les conecta con todo aquello que no son ellos. *Qué cliché, mujer, tirarte a tu profesor.* Sacude la cabeza y ríe cuando lo piensa. No es la primera vez que lo hace.

—¿Qué pasa? —le pregunta cuando se separa de ella y se apoya sobre la pizarra, empapado en sudor y respirando profundo.

—Que soy una *groupie*.

Ve su cara de desconcierto y se acerca a él para plantarle un beso en la boca con la intención de callar todas sus preguntas. En realidad, no necesita saber que tiene un cierto fetiche con el profesorado y que no sabe si le excita más su cuerpo, su acento londinense al hablar o la inteligencia que rezuma un trozo de tiza entre sus dedos. Hay cosas que es mejor no compartir, y ésta es una de esas cosas. Además, ha pagado todo un trimestre, así que hay tiempo para hablar.

Or for any other thing.

